**Suspiros de limeña**

**Episodio 1: Cuitas base 4**

Milichine

Título: Suspiros de limeña

Subtítulo: Episodio 1 Cuitas base 4.

Copyright © 2019 Milichine

Todos los derechos reservados.

Ilustración de portada: rebecacovers

Maquetado: Milichine

Primera edición: diciembre 2019

**Inspirada en hechos reales.**

«O sea que ni te gastes buscándole tres pies al gato, que a estas alturas ya debe ser jirafa o camaleón.»

**Queda hecho el depósito legal.**

«¿Depósito legal? ¿Qué es un depósito legal? ¿Había que depositar algo? No me digas que es en el banco, porque justo vengo de ahí, de sacar dólares de la cuenta, para cambiarlos a soles.

»¡Yo qué sé! Es una fórmula que se usa y punto.

»Ya pues no te ofusques. Es una curiosidad nomás. ¿Con esa falta de curiosidad de espíritu, has escrito una novela?

»¡Qué esto no es una novela! Eso ya lo discutimos en la primera página del libro.

»Bueno, libro, ¡ya!

»El problema no ha sido escribirlo, sino ponerle un término contigo zumbándome al oído. ¡Qué manera de joder por la pitiem! Eso te viene de la vieja.

»¡Ahora te vas a quejar por el término? Si no fuera por mí, hubieras continuado hasta el año entrante. Ahora en vez de un libro, tenemos una saga. Gracias a mí.

»Bueno, ya córtala ¿no?

*…y me gustan las gentes que son de verdad…*

Julio Iglesias

**Agradecimiento**

Quiero agradecer a Alfredito, que está churrísimo. O sea, no por eso pues mongoloides. Ahí sí se avivan ¿no? ¡Al toque se ponen moscas!

No pues, o sea, yo quiero agradecerle porque se ofreció muy gentilmente a corregir mi obra. ¡Tremendo chambón se ha metido! Sobre todo con las comas. O sea que una más que corregía, y lo sacaban en coma. ¡Un desastre para una ex del Margarita Cabrera! Eso me pasa por leer tanto correo de la periferia. ¡Se te pega! ¡El cono se te pega! Purita Ley de la Atracción. Y después me dicen que no funciona. ¡Ahí está pues! ¡No va a funcionar!

Pero bueno, tuve la suerte de que Alfredito se ofreciera amablemente a tenderme la mano. A él, mi más profundo agradecimiento.

PREFACIO WATTPADIANO

Hola, soy Milichine, estrenándome como escritora indie acá en el WhatsApad. No, ¿cómo era? ¡WattApad! Me van a disculpar, pero soy nueva en esto. Ay no, que monga, si está ahí arribita nomás, ¡Wattpad! Estos gringos con sus nombres, ¡vaya una a saber qué cuernos significa! Con tal de que no haya un negro también circulando por ahí. Ya saben, el negro ese con su cosota que anda merodeando por el otro Whats-algo. Ese está más grave que el loco Chongüí. ¿Nunca oyeron hablar de ese loco? otro día se los cuento, prometido.

Les decía que me estoy estrenando en esto de escribir. No que nunca antes haya escrito. Claro que sí, harto incluso, ¿quién no? A menos que seas analfabeta, claro. Pero bueno, esa ya es una especie en peligro de extinción. Aunque yo llegué a conocer un par, allá por las Europas (⊙\_☉) sí pues, la culta Europa. Eran la mamá y la abuela de dos amigas, una española y una belga. Por aquí en cambio nunca he visto. Sé que abundan por la periferia, pero nunca me he cruzado con una. ¡Ah no! miento. Estaba la empleada esa que teníamos en casa cuando era chica, que nos paraba asustando a mis hermanos y a mí con las historias del Chaqranko, que era una especie de Cuco de por ahí, de por su pueblo. De horror eran sus historias. Destrozarían acá en los premios Watty.

Irónico ¿no? O sea, estos analfabetos se conocen un montón de historias, como para escribirlas, y no saben escribir. Como las historias del tunche allá en la selva. El tunche es un diablito travieso que cuando menos lo piensas, ¡zas! se te mete en el cuerpo y te hace hacer mil diabluras. Cómo sacarle la vuelta a tu enamorado, por ejemplo. Y claro, como todo el mundo allá cree en el tunche ese, todos van por ahí, cornudos y de lo más contentos. Porque no te vas a picar pues. Total, si hoy te sacan la vuelta, mañana se la sacas tú, y después le echas la culpa al tunche, y todos contentos. O sea.

Y justamente hablando del tunche es que les traigo mi última novela. O sea, no la última pues, si recién estoy comenzando. ¿No les dije que soy nueva en esto? bien mongas ¿no? Si soy nueva, tiene que ser la primera, ¡obligado! Pero también es la última pues, si acabo de terminarla. O sea que es la primera, pero también es la última. Pero no es la última última pues. Sólo es la última por ahora. Yo sé que me entienden.

Y les decía que, justamente hablando del tunche, porque es una salida del clóset. O sea, la mía. Porque escribo en primera persona pues. ¿No ves que soy nueva? Ya después lo haré en segunda, tercera y hasta en retro si hace falta. Pero por ahora que estoy comenzando, tiene que ser en primera, de otro modo no hay forma.

Así que normal no más, me toca salir del clóset. Pero no ese clóset. No en el que todas están pensando. No ese clóset que está de moda. De ahí ya salieron todos. Incluso los que no han estado. De ahí te salen hasta por chancay de a medio. O sea.

No, mi clóset es otro. El de ahí, cerquita nomás, del otro lado del cuarto. Del que no quiere salir nadie. O sea, ninguna mujer. Por qué es clóset de damas pues. Que los hombres se cambian ahí afuera nomás, sin roches, más bien hasta hacen gala. En cambio, las mujeres, nelson. Claro, se entiende. Es una cuestión de reputación pues. Y a ninguna nos gusta que nos despojen del prefijo y el sufijo. Porque que te los quitan, va de fijo.

Aunque ya he visto por ahí salir a algunas. Sobre todo aquí, en el Watt'sapad o como se llame. Pero es una salida del clóset así, de mentiritas nomás. O sea que primero se victimizan, se hacen las mártires, y sólo después, cuando ya están bien golpeadas, ¡ZUÁCATE! le clavan las banderillas al animal y todo el mundo aplaude. Así no es pues. Así cualquiera. Además, las mujeres solemos ser más sutiles, ¿o no? Al menos las que no somos sumisas.

Pero ni siquiera es creíble. Porque, a ver, una mujer así, de esas sumisas que se dejan maltratar, ni fregando van a venir un día a clavarle las banderillas al animal. No una sumisa. Esa no se las cree ni su abuela. ¿No han estudiado psicología o qué? Porque si no han estudiado, les puedo recomendar un programa de coaching regio, con mi famosa coach argentina. En seis meses obtienes el diploma internacional y listo, sin tanta macana burocrática y ocho cuartos, ¡Profesionales del Siglo XXI!

Así que aquí les traigo mi primera novela en primicia para el WhatsApad. ~~Pero sólo los primeros capítulos~~, que el embajador robot me dijo bien claro que señalara esto. Que chistoso ¿no? Aquí tienen hasta un embajador robot, que te habla y todo. Y te da las instrucciones de uso para que no estés en la calle. ¡De luxe! El embajador me dijo que dejara bien claro esto, para no crear falsas expectativas. ~~O~~ ~~sea que publicaré toda la primera parte de la novela, dividida en siete entregas, cada miércoles~~. Pero si no quieres esperar a la entrega siguiente, puedes conseguir el libro haciendo click en el vínculo externo de esta publicación.

\* El texto tachado no es de aplicación en esta versión.

Cuitas base 4

«¿Qué son las cuitas?

»Cuitas pues. O sea, *paltas*, *rollos*, penas, problemas.

»Y por qué no le pones paltas simplemente.

»¿Y el cachet?

»De eso ya hay bastante adentro ¿no?

»¡*CACHET*, NO *KH*! ¿Te olvidaste del francés?

»Shhhttt. ¡No grites!

»¿Te olvidaste del francés?

»Me acuerdo un poco. La marsellesa. Esa que cantaban los compañeros de Alan.

»¿Por qué estamos escribiendo tan bajito, ah?

»Para que no nos escuchen pues, pasmarota.

# Introito

Sí, ya sé, «no se estila, yo sé que no se estila, que te pongas para cenar, jaz…» ¡euh! No, ese es el tango, ¿o era vals? O sea que lo que no se estila es el introito ese, en una novela como esta.

«¿Novela? ¡esto no es una novela!…

»Bueno, el cuento.

»Tampoco es cuento… trata sobre mi vida. En todo caso sería un cuentazo. Pero no como los de Alan, ¿ah? O sea, no un cuentote, gordote y grandote con arrimada de pianote, sino más bien un cuentazo, largazo e importantazo, como... como... como la Avenida Javier Prado.

»Bueno, quedemos en una narración, un relato.

»Tampoco se estila ahí un introito. Eso está bien para un trabajo más serio, tipo tesis universitaria. De treinta páginas como máximo para que el profe no se duerma.

»Bueno, pero tampoco le va preámbulo. Esto más bien es un primer acto, una presentación. El lugar donde el autor presenta a los personajes.

»O sea, pedazo de paparula, la autora soy yo y el personaje soy yo, esto es algo medio completamente semiautobiográfico, ¿entiendes?

»¿Memorias?

»Pero del orto.

»Bueno, lo que sea, después de todo es un e-book y ahí no hay nada que se estile, nada así tipo tradicional, porque es algo nuevo. Así que introito y pasemos al acto.

»Ah sí, ahora me acuerdo, era vals.

Me llamo Milichine y como ForrestGump, eso es todo lo que tengo que decir sobre eso. O sea, sobre mi nombre, no sobre el introito *presentator* este.

«Por si acaso Milichine se pronuncia en francés, o sea no es MilichinE, sino más bien Milichin-e, con la e muda francesa al final.

»No sé por qué estos pestíferos franceses le dicen e muda, si al final sí se pronuncia.

»Como parte de la n, pero se pronuncia.

»O sea que tampoco es Milichín, sino más bien Milichin-e.

»De oficio que los que adquieran la versión audiolibro no tendrán todas estas comillas, pues ellos escucharán la pronunciación correcta.

»Porque esta vaina también se publicará en versión audiolibro ¿qué se creen? No porque no sepa si es novela o relato, una va a dejar de explorar todas las posibilidades que ofrece la tecnología moderna para comunicarse.

»O mejor sí.

»Digo, las comillas.

»Así vendrán a manera de *bonustrack* y estará justificado su mayor coste.

»O sea, porque tiene que costar más pues. ¿No ves que además de escribirlo, tengo que leerlo? ¿y dramatizarlo?

»Simple ley del mercado.

»Digo, de mí amiga Mercado, que del otro mercado no conozco ni michi.

»Aunque me encanta hacer la finta.

»Como que te da un aire así… como más profesional ¿no? Yo me entiendo.

»Por eso lo he puesto con mayúscula pues, porque es un apellido y los apellidos van con mayúscula.

»Parece que ya me hice bola.

»¿¡O tango¡? Pucha, no me acuerdo.

Soy una limeña de mediana edad. O sea, de base cuatro más o menos. Y eso es todo lo que tengo que decir sobre eso. Porque a las mujeres no se les pregunta la edad. A las limeñas por lo menos, que no sé cómo harán las arequipeñas o las argentinas. O sea, ni siquiera en una novela, relato o cuentazo como éste, que trata sobre la crisis de la edad. De una cierta edad por lo menos.

Soy morochita «de fina estampa, que sonriera bajo un sombrero». También sonrío bajo un pañuelo y adoro las vinchas, a veces me pongo mis lentes de sol DG en la cabeza, así a manera de vincha y dejo mi pelo suelto alborotarse ahí detrás. Mis amigas me dicen negra, pero es de cariño... supongo. Tengo una divina melena ensortijada, que siempre plancho porque es a la moda. A menos que seas lacia, claro. Mi carita es más bien agraciada… para algunos... tirando para chistosa según algotros. Tengo un cutis perfecto, ni una sola arruga a pesar de mi base cuatro, gracias a la base hidratante que me aplico a diario. O sea, mi cara es la prueba viva de que no existen milagros sino buenas recetas y disciplina férrea. De chichis, más bien naranjas. Me gustaría melones, pero será con implantes. O sea, de siliconas pues mongaza, no voy a implantarme frutas en las teteras. De talle esbelto, pero a ratos es bulto. Por ahora lo tengo sometido a nutricionista. De nuevo, no es cuestión de milagros sino de buenas recetas y disciplina férrea. Salvo por el *culateral*. Ahí ya se requiere trabajos forzados por la *pitiem*. Felizmente es algo que no veo todo el tiempo. Además, todo está en la mente y yo hago de cuenta de que sigue petulante como antes.

De carácter soy afable. O sea que saludo a todos mis clientes por su santo. Amable no me gusta, es demasiado ambigua. Una persona es amable, ¿porque ama o porque se deja amar? ¿Entiendes? O sea, esa indefinición no me gusta. Es como la vaina de estar jodido o estar jodiendo del diputado español ese, ¿no la conocen? Búsquenla en *Gúguele*. Soy muy educada. O sea, de lo más educada, educación de monjas de colegio francés, ¿ya? Me expreso con corrección. No digo ni una lisura. O sea, en público, porque cuando estamos en confiancé como ahora, que les estoy chismeando algunas anécdotas, ahí sí que me voy de boca. Soy intuitiva, super intuitiva. O sea, yo puedo leer a la persona como si fuera un periódico, igual que si estuviera parada en un kiosco. No discuto. Detesto discutir. Cuando huelo una discusión en el aire, procuro salir volando.

Y eso es todo lo que tengo que decir sobre eso, porque detesto el autobombo, modestias apártense.

Provengo de una tradicional familia limeña. Que no es lo mismo que una familia tradicional limeña.

«Ya, ponle típica y no te hagas más bolas.

»Bueno, comencemos de nuevo, punto y aparte.

»¡Vals te digo!

Provengo de una de esas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación. O sea, de alguna de esas en las que, en algún momento de sus vidas, tus padres o abuelos ascendieron a Lima. Del interior o del extranjero. Aunque, visto desde acá, los del extranjero más bien parece que descendieron a Lima. Aun cuando el interfecto no supiera leer ni escribir, ni en su lengua vernácula, al momento de arribar al Callao, que es el puerto oficial por donde arribaban todos los extranjeros... aunque hay algunos que arribaron por... Mollendo, por decir. Pero al final igual terminarían ascendiendo a Lima. O sea.

En mi caso ascendieron a Lima desde una provincia de la costa. Y, además, con hacienda en la costa. Porque una cosa es ascender a Lima desde una provincia en la costa, desde la sierra, pero con hacienda o desde la selva, pero con caucherio de por medio. El resto no ascendió a Lima, sino que la invadió. Y la convirtieron en esta especie de Calcuta chicha que es hoy día. Y de la que todo el mundo quiere salir corriendo. Sobre todo los limeños de esas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación, que mal haya la hora en que se les ocurrió ascender a Lima a tus padres o abuelos. O sea.

Decía que en mi caso ascendieron a Lima, de una provincia en la costa con hacienda en la costa. Porque me he dado cuenta que una de las cosas típicas, de estas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima, es que todos descendían de una hacienda. O sea que también descendieron a Lima, como Alfredito Barnechea, de su hacienda. Porque otra de las cosas típicas de estas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima, es que todas cuentan entre sus ancestros a algún personaje ilustre o noble, como Alfredito Barnechea, que descendió a Lima de hacienda ilustre y además noble.

En mi caso, dice mi madre que su familia desciende de algún virrey. Que también ascendió a Lima, porque antes no era virrey, o sea que ascendió en Lima. Pero mi papá no le cree. Ella no sabe precisar cuál virrey, pero jura que Ricardo Palma escribió una tradición sobre él. Que tampoco sabe precisar cuál, pero da igual porque el tío ese escribió tradiciones sobre todos los virreyes e incluso algunos presidentes. O sea.

También dice mi madre que descendemos de Cristóbal Colón, pero en esta parte de la conversación ya mi viejo está arrastrándose de risa. Él tiene la ventaja de que sí se acuerda de las haciendas de su viejo en Ica. Incluso yo conozco la casa que tenían en Ica. Y conozco un poco la historia de cómo se perdió la fortuna familiar en Ica. Porque esa es otra típica ocurrencia, en estas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima: todas tuvieron importantes fortunas en alguna época. Que perdieron en algún momento por esas desgracias de la vida. Un abuelo borracho, o mujeriego, o jugador. Una abuela cuernera o que le zumbaba el toyo. Algún bruto e ignorante que se incrustó en tu árbol genealógico nadie sabe cómo. Son algunos de los ejemplos que se pueden dar de esas desgracias de la vida.

«No, ya sé, era un tango que cantaba la argentina esa... ¿cómo se llamaba?... Carmen Sevilla».

Mi familia también es católica. Como toda típica familia limeña de no importa cuántas generaciones. ¡Pero católica, católica! Estilo «acompañaremos al Señor Cristo Moreno, Señor de los Milagros y patrón de la ciudad». Además, saudalites acérrimos, aun por estos días de pederastia y Pedros Salinas. Mi viejito anda todo el día con su rosario en la mano y mi vieja clavada en la iglesia sodalite jueves y domingo. Mis hermanos ya parecen unos cruzados. Y mi hermana es de no perderse una procesión del Señor de los Milagros. Hasta hace unos años solía agitar a las masas para asistir a la procesión: madre, hermana, tías, primas, amigas, vecinas, o simples conocidas, todo era bueno para ir en mancha y armar el cotorreo. Esto del cotorreo, ya es típico de todas las mujeres del universo mundo. Y ya que andamos por esos rumbos, diré también que todos creemos en las almas en pena y todas esas vainas de ultratumba, el Reiki, los baños lustrales, el mal de ojos, la pasadita del cuy y la beatita de Humay. Como toda típica familia limeña y también los británicos, que no nos dejaran mentir. O sea.

Mi padre fue muy severo y rígido. Esto ya no es algo típico de toda típica familia limeña, sino de algunos desadaptados que todavía existen por ahí. Yo soy la mayor de seis hermanos y, claro, obligada me tenía que chupar todo su mal genio la primera. Me metieron a un colegio de monjas, francesas, o sea alta pezuña. El colegio era sólo para niñas. De ahí salías virgen sí o sí, así tuvieran que coserte la cucurucha. En esas condiciones, todo estaba predispuesto para que yo me casara antes de los veinticinco.

Me casé a los veinticuatro con un tío mayorcito, con el que tuve dos bebés hermosas, preciosas, las adoro. Como toda típica madre limeña, esas de típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima, soy bien mamá gallina, ya lo habrán notado. De esas para las que en primer, segundo y tercer lugar, están sus hijos. En cuarto, quinto y sexto también, pero eso ya no se menciona por cuestiones de espacio tiempo y además histórico como dice el pueblo aprista, que también los hay limeños de alguna generación.

«Carmen Sevilla era mexicana, mongoloide. Y no cantaba tangos sino charradas. Era un vals que cantaban la Limeñita y Ascoy».

Como ya llevo dicho, me casé a los veinticuatro con un tipo que me llevaba trece. Por ese entonces pasaba como algo más madurito nomás, en las conversaciones que llegaban hasta mí. Cuando cumplí treinta, él tenía cuarenta y tres; seguía teniendo la apariencia de algo más madurito nomás, pero sólo para el resto. Para mí, que ya lo conocía bien, era un bebote más, además de la que ya tenía. Cuando llegué a los cuarenta, él tenía cincuenta y tres. También tenía tremenda panza, pelos en las orejas y un montón de canas. ¡Un desastre!

En lo primero que una piensa al llegar a los cuarenta, es que se acerca el temido tiempo de la Carapulcra. O sea, de la papa seca. Ya me entienden. Conozco algunas ex compañeras del colegio a las que ya les vino la menopausia, incluso antes de los cuarenta. En mi caso eso no parece próximo según mi ginecólogo, o sea que felizmente voy a seguir sometida al subibaja hormonal de la regla por un buen tiempo.

«¡¿FELIZMENTE!?

»¡¡O SEA!!

También dicen que a esa edad llega la segunda adolescencia. Y ya sabemos lo que adolescencia significa: te comienza a picar la cosita. Será por eso que Roxana dijo el otro día que la mujer a los cuarenta ya sabe lo que quiere, se vuelve más libidinosa, ¡pajeraza ésta! Bueno, sería porque estaba medio zampada, la verdad no la alucino. En lo personal, no había moros en la costa, o sea que no tenía motivos para que me pique la cucuchi. No más de la cuenta al menos, todo estaba despejado. Sí había habido algunas fantasías con gente conocida, ¿quién no? Pero de ahí no había pasado y los sueños, sueños son.

«¿No era un pasillo del Dúo Dinámico?»

Con todo, llegada a esa edad una siente un cambio. Más segura, sí. Pero también más necesidad de sentirse atractiva, deseada. De vestirse mejor, para sentirse bien. Hasta ese momento yo me había mirado en el espejo de mi madre. Buscaba imitarla, en sus actitudes y conducta. Bueno, no tanto tampoco. Mi mami es linda, preciosa, yo la quiero y la adoro con toda el alma, ¡pero, también, hay que reconocer que es una ladilla de primera! O sea, ¡qué manera de joder, por la *cidiem*! Indecisa a morir en todo lo que hace o quiere hacer. Y tímida como ella sola, incapaz de valerse por sí misma. No sé cómo mi viejo ha podido soportarla tanto tiempo.

Pero por esa época empezaba a mirarme también en otro espejo: el de mi hija quinceañera de recién estrenado culito petulante. No sé si a todas les pase, pero a mí sí me ocurrió. O sea, lo de la hija quinceañera, no lo del culito petulante. Eso tenía que haberte pasado antes, si no, «qué triste es tu vida, llora que llora, llora». Un poco obligada, también hay que decirlo: «mamá, cómo te vas a poner eso, ya pareces mi abuelita» o «mamá, ya te aparecieron esas canas horribles, pareces una vieja de mierda». Dicen los psicólogos que a esa edad se instaura una competencia madre e hija para dominar al macho, o sea mi marido. No sé, yo no me veo compitiendo con nadie por mi marido. Para mí que el problema es que mi hija también es una ladilla. Y en eso hay un consenso familiar. También de sus amistades y de todos los que llegan a conocerla, ¡qué chiquita de miércoles, por la *pitiem*!

O sea que, entre ladilla y ladilla, opté por plantarme yo misma frente al espejo. Y lo que vi, no me gustó nada. Acababa de cumplir cuarenta, pero ya estaba más cerca de los cincuenta que de los treinta y nueve. En primer lugar, no estaba gorda, sino que ya tiraba pa'l chancho, ¡horrible oye! ¡Y mi *look*! Con razón dice la Ñañi que parezco una vieja de miércoles. ¡Mi mamá viste más joven!

«¡Qué no! Era vals. De Noteaguanto Morales».

Había que operar transformaciones, cambiar de actitudes, ¡pero ya! El tiempo no espera, ni hay espejo que aguante otra mirada sin reluqueo. Lo primero era bajar de peso «al menos once kilos», exageré. Con cuatro bastaría. Variar la dieta y hacer ejercicios. Además, había que cambiar todo mi guardarropa. Ese mismo día salí con Úrsula para que me aconseje, ella tiene el gusto a la moda. El resto de los cambios, ya veríamos, un corte de pelo… quizás un cambio de peinado bastaría, me había quedado en el peinado de los años noventa.

En menos de un mes bajé de peso, cambié de apariencia, de actitud, de personalidad… Me sentía mejor, más encajada, más en mi tiempo, mejor conmigo misma… Y de pronto se apareció alguien… alguien que empezó a hablarme al oído...

«despacito,

»pasito a pasito,

»suave suavecito,

»nos vamos pegando,

»poquito a poquito…

»¡D.Y.!

# Vísperas del año del Gato

# Despacito

—¡Oye, qué te pasa! —exclamé sorprendida.

Este pendavis me había cogido el pie, y me había hecho trastabillar en las escaleras, ¡decididamente, Mango se estaba tomando unas confianzas…! Hace un rato, mientras conversábamos en el carro, también me preguntó qué tal me llevo con mi esposo, con una familiaridad que yo no le había dado. O sea, ¿qué se ha creído éste? Es cierto que nos conocíamos hace un buen rato, desde que él era representante legal de una empresa cliente del negocio que tenemos con mi esposo, pero la relación nunca había pasado del terreno profesional.

—Déjame ver —dijo, mientras me quitaba el zapato, conmigo ahí, sentadota a mitad de la escalera.

—Es que soy un enfermo de los pies —agregó, mientras se llevaba mi pie a sus labios. O sea—. Y los tuyos son hermosos.

«¡O SEA! ¿Y EEESTE? ¡LE ZUMBA LA AZOTEA O QUÉ?»

Sentí un fuerte calor subiendo a mi cara, al tiempo que su mirada se cruzaba con la mía y en sus labios se dibujaba una sonrisa maliciosa al cerciorarse del efecto causado. Mi cucuchi se contrajo.

Sin ser un hombre guapo, Manuel Domingo puede llegar a ser atractivo. O sea, a condición de que te concentres. De estatura mediana, tiene una sólida complexión. Su cara es angulosa y tiene una frente amplia, muy amplia, que procura mantener despejada de una melena agreste, domándola al gel. Sus ojos son grandes y tiene la mirada de un cazador detectando a su presa. Su nariz es recta y ancha, alfombrada por unos delgados labios que enmarcan una boca grande, estilo «para comerte mejor», como no tardaría en descubrir.

¿Hace cuánto nos conocemos? ¿Seis, ocho años? En todo caso lo había dejado de ver poco más de tres. De pronto la empresa donde trabajaba cerró y él desapareció. Parece que los dueños habían estado mezclados en un tráfico de armas, al menos era el rumor que corría. De algún modo supe después que se había ido a los Estados Unidos y que se había casado. El ambiente de la seguridad es tan reducido, que una termina enterándose de la vida de todos.

Por eso me llamó la atención que se apareciera de pronto en mi oficina, hace unos meses. Venía a proponerme un negocio: el dictado de cursos teórico-prácticos de seguridad. Yo andaba medio metida en ese tema, de modo que le dije que no estaría mal probar, y así poco a poco fuimos armando un plan que fue tomando forma.

El dictado de cursos empezó esta semana, con dos seminarios internacionales a cargo de Augusto Conde, profesor colombiano al que conocía de mis buenos tiempos, y a quien contacté para arrancar el ciclo, y ese domingo acababa de terminar el segundo seminario sobre secuestros. Rodolfo se había ido con las chicas al Regatas, y habíamos quedado en encontrarnos por la tarde, en casa de mis padres, que quedaba a pocas cuadras de la casa de Mango. Así que le pregunté a éste si me podía llevar.

—Con una pequeña escala en mi casa —agregué con ademán coqueto al ver que aceptaba. Tenía que cambiarme de zapatos, que me estaban haciendo ver estrellas.

Mi casa nos quedaba de camino y en el trayecto estuvimos conversando un rato. Ahí fue que me contó de su matrimonio. Se había casado en Estados Unidos, con una peruana, y tenían dos hijos pequeños. Las cosas no habían ido muy bien en los *United*. O sea que no consiguieron la *greencard* este par de pánfilos, y se tuvieron que regresar al Perú. Ella tenía un pequeño negocio familiar con su padre. Una vaina medio informal, tengo entendido. Él había seguido metido en temas de seguridad, y contaba montar un negocio en Lima. Parte de ese negocio era dictar los cursos para guardaespaldas.

Parece que el negocio no fue la única cosa que contaba montar en Lima, según me fui enterando esa tarde. La relación con su esposa se había deteriorado, severamente, debido al fracaso en *Gringolandia*, y ahora estaban viendo de sobrellevar la situación hasta salir a flote. Entonces fue que me preguntó cómo iba con mi esposo. Tengo dieciséis años de casada, dos hijas, una niña y la otra adolescente y una relación desgastada. O sea, de dos veces al mes más o menos, cuando a él le apetece. La última vez que tomé la iniciativa fue en la oficina, cuando estrenamos oficina, en ocasión de estreno de oficina. Hasta entonces la habíamos tenido en casa. O sea, la oficina. Aunque también las relaciones. Siempre había querido tener una en un lugar exótico. O sea, una relación. Aunque también una oficina. La ocasión ameritaba, casi exigía ponerse algo locos de alegría. Al menos yo lo veía así. Él parece que no tanto, y por eso me tuve que montar a horcajadas sobre sus rodillas, cuando se sentó en la silla de su escritorio. Fuera de eso soy totalmente pasiva y supongo que eso se nota, así que fui sincera, y le dije que feliz no era. Imagino que esa pequeña infidencia, más el coqueteo para que me traiga, fue lo que motivó el asunto con mi pie en la escalera, a pesar de mis juanetes.

—¡Oye, no seas mañoso! —le dije, retomando el control de mí misma, al tiempo que recuperaba mi zapato y terminaba de subir la escalera medio descalza. ¡Claro! sabía que estábamos solos, que no había nadie en casa. Y yo que creía que andaba detrás del culito petulante de mí Ñañi quinceañera, ¡no le quitaba los ojos de encima! Y ahora esto, la verdad no me lo esperaba.

Ya en los altos, me dirigí directamente a mi baño, tenía que refrescarme y reponerme por completo del roche de la escalera, que me había alborotado hasta la almeja. Una vez repuesta, bajé y continuamos el camino a donde mis padres. La conversación fue trivial y anodina. En casa de mis padres me encontré con Rodolfo y las chicas como convenido. Estaban todos bronceados. Nos quedamos un rato conversando y luego volvimos a casa.

Esa noche, ya en la cama, me sorprendí fantaseando con Mango. Estoy entrando a mi oficina, y lo encuentro ahí, distraído en mi computadora. A esa hora ya no hay nadie más. Él se levanta de mi silla, camina por la habitación, y me besa agresivamente. Es un hombre fuerte y rudo, y me lo imagino metiendo sus manos por mi camisa, y apretando mis senos con fuerza. Me imagino devolviéndole el beso también con fuerza, y luego arrancándole la camisa para poder poner mis manos sobre su bien formado pecho. Me lo imagino abriendo la bragueta de mis pantalones, y metiendo su mano en mi ropa interior. Siente que estoy toda mojada. Me mojé de verdad solo de pensar en esto. Pongo mi mano en sus pantalones y siento lo duro que está. Nos besamos un rato más, y luego él me tira al sofá y me arranca los pantalones. Cae sobre mí, y justo cuando siento que me voy a venir, se detiene y se quita los pantalones. Le quito los *boxers* y está duro como una roca. Se para frente a mí y tomo su pieza en mi boca. Lo escucho gemir mientras le chupo la verga. La mete en mi boca, gimiendo más fuerte, hasta que finalmente agarra mi pelo, tira de mi cabeza hacia atrás, me besa con fuerza y luego me tira de nuevo al sofá. Él se desliza en mi chorito mojado y ambos gemimos de placer. Me clava de esta manera por un tiempo, luego se baja de mí, me agarra por los hombros y me da la vuelta. Agarra mis caderas y las jala hacia él, me pone en cuatro patas y me come a lo perrito, gimiendo cada vez más fuerte, extendiendo una mano para frotar mi clítoris. Finalmente grita «oh» y, con unos pocos embates profundos finales, se viene. Presiono su mano en mi clítoris y finalmente me vengo también. Nos tumbamos en el sofá sudando y jadeando.

«¡Zafa de aquí, bagre feo!», me dije, reaccionando. «No quiero fantasías contigo, con tipos más churros he fantaseado». Al toque comencé a buscarle defectos, tampoco es que fuera una *chambaza*. Comenzando por su peinado, ¡termina en un gato horrible por atrás! ¡Fijo que es de los que dicen «cabello»! ¡De lo más suburbano! O sea.

Me distraje pensando en lo bronceados que había visto a las chicas esta tarde, yo quería verme así. La semana siguiente fui todas las tardes a la playa, acompañando a mi esposo. Él tenía por costumbre llevar a las chicas todas las tardes a hacer deporte. Andaba metido en la directiva del vóley de Úrsula, y también jugaba tenis, pero eso es algo en lo que prefiero no pensar, porque me recuerda su aspecto. O sea, ¡cómo explicarte la panza que le ha crecido!

Mango no se había aparecido por la oficina en toda la semana, pero estábamos continuamente en contacto por SMS y correo electrónico. El mes entrante arrancaba el curso, para el que él estaba coordinando con un profesor de Argentina, a quién habíamos previsto traer cuatro veces, entre diciembre y marzo, para hacer varias capacitaciones teórico-prácticas, que incluían el manejo de armas. El jueves me dijo que había concretado con el polígono de la Escuela de Comandos, y si quería ir para conocer, y de paso hacer alguna práctica de tiro. ¿Se imaginan? ¡El delirio! Yo nunca había cogido una en mis manos —o sea, un arma pues— así que toda emocionada le dije que sí.

Se apareció el sábado a la hora convenida, y nos dirigimos directamente al polígono, que queda en Chorrillos. El local es enorme, un suboficial bien plantado nos paseó por los ambientes que habíamos contratado, pero yo solo pensaba en la práctica de tiro. Por fin nos dirigimos hacia el campo donde íbamos a practicar. La pistola ya estaba lista, era una Glock, me dijo Mango, quien enseguida se puso hablar maravillas de su arma fetiche… que me entraron por un oído y me salieron por el orto, tan interesada estaba yo en el tema. Era una pistola de aspecto cuadrado. Todo en ella era cuadrado, el cañón era cuadrado, el mango era cuadrado, la vaina esa que rodea al gatillo era cuadrada, ya sólo faltaba que las balas también fueran cuadradas. O sea que no me gustó nada la pistola, pero eso era lo de menos, había que dispararla, para eso habíamos venido hasta este muladar ¿no? Después de hablar todas las maravillas sobre su pistola, se puso a explicarme las partes de la misma, ¡como si yo fuera a hacer una maestría de la vaina! O sea.

—¡Ya! Quiero disparar —me impacienté, pateando el suelo como una niña (con ellos siempre funciona) bajo la mirada condescendiente del bien plantado suboficial, quien le hizo una mueca a Mango. «Mujeres», se habrá dicho el suburbano este.

Mango me cedió el arma, la cogí en mi mano, estiré el brazo y... pum. El disparo salió a cualquier parte, pero para arriba, esta vez bajo dos miradas condescendientes, con sus respectivas sonrisas ídem.

—Así no se agarra un arma —siguió el otro con su maestría, y procedió a colocarse detrás mío.

Sus brazos rodearon los míos, forzándome a levantar el izquierdo para acompañar el gesto del tiro. Me sentí embriagada por su perfume. Su pecho presionaba mi espalda, mientras me abandonaba a la seguridad de sus brazos. Algo me decía sobre la posición correcta del cuerpo, pero entre las orejeras y la embriaguez del momento, sólo escuchaba vagamente. Pude percibir, por su bulto hinchándose sobre mi culo, que disfrutaba el momento. ¡Me estaba paleteando! ¡Y no me incomodaba! En mi vientre revoloteaban mariposas, mi cucuchi palpitaba, me perdí en un vahído.

Un súbito disparo me sacó de mi turbación. Su índice había presionado sobre el mío, que estaba sobre el gatillo.

—Ahora tú sola —me dijo, liberándome del abrazo.

Pum pum pum pum. Creo que vacié la cacerina de golpe. Entregué la pistola al que estaba más cerca, y me fui atrás del grupo, ignorando las miradas de estupor y sin decir nada.

«¿Qué te pasó?», pensé ahí atrás.

«O sea, ¿te gustó huevona?»

Mil interrogantes bombardeaban mi cabeza.

«¿Se habrán dado cuenta?». Me inquiete un poco más.

«¡Qué tal roche!».

Los disparos habían cesado, y los dos hombres conversaban frente al blanco. Algo dijeron sobre mis disparos, no sé qué. Seguía ocupada en poner mis ideas en orden. Cuando la conversación hubo terminado, le dimos las gracias al suboficial, que en todo momento se portó de lo más bien plantado, y nos dirigimos al carro. En el trayecto, la conversación giró en torno al polígono visitado, y al curso que se avecinaba. Estaba muy animado con la venida del profesor argentino, las palabras le fluían como una regadera.

«No se ha dado cuenta», me tranquilicé un poco. Ahí le comenté que había hecho unas correcciones en las placas *Power Point* del argentino, estaban demasiado huachafas. Me pidió verlas, así que hubo que hacer escala en la oficina.

Una vez ahí, me dirigí de frente a mi computador, y abrí las presentaciones modificadas. Mango cogió una silla y se sentó a mi lado, un poco detrás. Había conservado las placas originales, de modo que podía mostrarle la comparación con las nuevas, ¡el contraste saltaba a la vista! El cursito de *Power Point* estaba dando sus réditos. A cada diapositiva que le mostraba, volteaba para verlo.

—¿Ves? —le decía. Y él veía. Y asentía. Y la que no veía era yo. Y él se aprovechó que no veía. Y se inclinó y me besó. ¡O sea! ¡Tremendo chape! Me sorprendió la intensidad con la que su boca, sus labios, y su lengua, se encontraron con los míos. Y me sorprendió más aún, el notarme aceptando su beso. Fue un beso ávido, anheloso, hambriento. Sentí que me engullía toda. Su lengua no dejaba de rebuscar en mi boca, la mía iba detrás, la perseguía en su menear frenético. Al rato nos cansó la incómoda posición en la que estábamos. El miró alrededor, y se dirigió al sillón que estaba frente a mi escritorio. Yo lo seguí ardorosa… No hace falta decir que estaba demasiado nerviosa... Eché un vistazo a mis pechos, que sólo estaban cubiertos por una blusa ligera... Se sentó en el sillón y yo me senté sobre él, de través, con mis piernas reclinada sobre el brazo del mueble.

Todo lo que hizo enseguida, fue simplemente perfecto: la forma en que me cogió las caderas, la forma en que me besó y me lamió la cara, las orejas, el cuello, la manera cómo me masajeó los senos... La manera en que presionó mis manos contra el sillón, mientras pasaba su otra mano entre mis piernas, agarrando mi cuca, mis muslos... Lo recuerdo chupando mis dedos y metiendo los suyos en mi boca... Mis uñas clavándose en su espalda... Sintiéndolo duro... Todavía puedo escuchar cómo susurró mi nombre al oído. Sentí como ejercía presión sobre mi cuerpo, me hacía sentir su fuerza, diciéndome como mi frágil figura lo encendía. ¡Nunca antes había perdido el control!

Ignoro cuánto tiempo pasamos así. Sentí que ya era tarde y tenía que volver a casa. Me levanté y fui al baño, a poner en orden mis ropas, sentía la entrepierna mojada. Después hicimos el trayecto de regreso en silencio, culpables. Frente a mi casa, nos despedimos con un beso en la boca.

Al interior me esperaban, con sus demandas, mis hijas y mi marido. Sentí que ya era ajena a ellos, que ya no pertenecía a ese lugar.

El verano se presentaba tórrido.

# Pasito a pasito

Quería, quería eso, quería todo eso, besarlo, abrazarlo, acariciarlo, descubrirlo, tomar nuestro tiempo... Lo quise desde Santiago y lo quise así.

Y, sin embargo, en realidad había tratado de detener la cosa. El día del agarre fui a misa, a ver a mi Flaco de la Cruz, como todos los domingos, y me confesé con el cura Jerónimo. O sea, pero traté de suavizar el asunto. Tampoco le iba a soltar así, de sopetón, todo el pachamanqueo suburbano. ¡A los curas se les respeta! Sobre todo a los que, como éste, se conocen de toda la vida. O sea que el que me conoce de toda la vida es él, que yo apenas si lo habré conocido la mitad de su vida. Tan viejito anda el pobre, que creo incluso que nos conocimos en la pila bautismal. O sea, la mía, no la de él. Le dije que había tenido pensamientos pecaminosos con otro hombre, y que había habido algunos escarceos por ahí.

¡Tremenda penitencia que me mandó el cura! Y eso que no le confesé nada de lo suburbano del asunto, porque ahí sí que le da un patatús a lo mazamorrero de su limeñidad. Porque este gallo sí que desciende de Nicolás de Ribera, según todas las loras que se ha metido con mi mamita. Y de Nicolás de Ribera El Viejo además, que llegó por lo menos dos días antes —por razones de pura antigüedad en el nombre— que su tocayo El Mozo a este valle de huaycos, que aquí las lágrimas no son nada. Además, también me dijo que fuera a uno de esos consejeros de parejas, con lo cual se quitó un cerro de años de encima a mis ojos. O sea que se puso casi de mi promo con tanta modernidad.

Sabía que ese sería un tema difícil de abordar con Rodolfo, porque era más viejo que yo y más antiguo que el cura, como quedaría evidenciado. O sea que esos cuentos de consejeros eran demasiado modernos para él. Eso estará bueno para chimbombos, que es más o menos el sinónimo de modernidad que él usaría. Y tampoco le iba a soltar, de buenas a primeras, el desliz que había tenido con el suburbano. Tuve que decirle que nuestra relación no iba bien, lo cual tampoco era falso, y que quizás unas charlas no nos caerían mal, había que probarlo en todo caso. Lo estuve cargoseando desde mediados de noviembre, hasta casi fines de año. Para Navidad ya había tirado la toalla.

Al día siguiente también hablé con el suburbano de marras. O sea, el del chape pues. O sea, mi chaperón, para que no se ofenda. Él no solía venir muy seguido a la oficina, pero claro, ahora tenía un aliciente adicional, con este cuerito en perspectiva.

Le dije que lo que había ocurrido no era correcto. Que los dos estábamos casados y teníamos familia. Con problemas, cierto, pero que esta no era la mejor manera de resolverlos. Que, para mí en todo caso, era primordial mantener a mi familia unida, sin baches ni contratiempos, y que el desliz del otro día no era el camino más apropiado para conseguirlo. O sea que, para mí, mis hijas están en primer, segundo y tercer lugar. Y en cuarto, quinto y sexto también. Y que ese combo comprendía al Monseñor abordo.

Para qué, estuvo bastante *le Cagrregnó*, a pesar de lo hirsuto que traía el gato esa mañana. O sea que como que se leyó todos los manuales de urbanidad de Carreño, con que las monjas francesas nos tenían hasta las orejas en primaria. Digo, estuvo de lo más receptivo. Me dijo que él ya no daba un centavo por su relación con su mujer, que eso era un asunto muerto y que si seguía con ella era sólo por los chicos. Que para él sus hijos estaban también en primer, segundo y tercer lugar. Me dijo también que en esta vida no hay que desperdiciar las oportunidades y que si nos gustábamos no había que dejarlo morir. Pero que, en todo caso, respetaba mis principios e intentaría mantenerse al margen. O sea que me cedió el terreno, «con pases de marinera con su tacón», más la venia del pañuelito más. No lo volví a ver hasta principios de diciembre, en que comenzó el curso con el profesor argentino.

El curso era sobre tiro de combate, y estaba diseñado para fuerzas especiales. Nuestros clientes eran todos agentes de seguridad de grandes empresas. De lo más periférico el asunto. Los tres días del curso fueron en la ECE y lo pasé entretenidísima en la periferia, sobre todo en las clases prácticas. Se había previsto escenarios de asalto, emboscadas, irrupciones, distintos tipos de operaciones silenciosas y violentas, y tiro para operaciones de inteligencia. Hubo prácticas de tiro con pistola, escopeta, fusil y ametralladora. Mi chaperón estaba en su salsa. Aunque tiene formación de abogado, su alma es de *Body Guard*, quedó de lo más camuflado en el asunto periférico. Siguió el curso como un participante más, hizo todas las prácticas y aprovechó para lucirse delante mío. Hizo gala de su liderazgo, y también de sus dotes como encantador de serpientes. Yo no participé del curso, pero sí hice algunos tiros, esta vez sin ningún incidente rochoso. También la hice de modelo fotográfica, para un *publicherry* en un diario local. Con eso también Mango se había lucido: una entrevista para el profesor, y yo en la portada de un diario de gran circulación. No, si me estaba dando el trato de una modelo. De que llegó, llegó.